

EL ANUNCIO DE LA FE EN LA FAMILIA

“Todo lo que no es suficientemente serio para nosotros tampoco lo es para el niño” (M. Venasse)

“Las familias, ¿tienen hoy un papel que jugar en el despertar de la fe y en la educación religiosa? [...] En nuestros días, ¿cuál es el porcentaje de familias en las que la vida de fe y la vivencia cristiana son un componente habitual?”. Así pues, “la tarea de despertar la vida de fe de los niños reclama inevitable y correlativamente un trabajo con el adulto para que este pueda reflexionar y fortalecer sus posiciones y sus actitudes” (H. Derroitte)

Comenzamos con estas dos citas para situar nuestra reflexión. Por un lado, partiremos de una evidencia que tendemos a ocultarnos, a saber, que el proceso de la transmisión de la fe cristiana en las familias está roto por la falta de una fe mínima en la actual generación de padres. Por otro lado el reconocimiento de que no somos nosotros los que debemos llevar cabo dicha tarea, sino que como maestros de la vida de fe, somos fundamentalmente acompañantes de los padres en esta su tarea. Finalmente estará subyacente la pregunta de por qué los padres querrían transmitir a los niños algo que no creen especialmente bueno para ellos. Toda la reflexión estará determinada y orientada en este sentido.

Introducción

Comencemos con una reflexión sobre la misma expresión más tópica sobre este tema: La transmisión de la fe en la familia.

- *¿De qué familia hablamos?* La pregunta no se puede obviar como si hubiera solo una única clase de familia en relación a la fe. La experiencia del encuentro con los que piden y celebran bautismos, primeras comuniones y funerales nos lo dice con contundencia. Las familias tradicionales cristianas se vuelven cada vez más minoritarias, las familias monoparentales (tras un divorcio o simplemente sin relación matrimonial estable), las familias rehechas tras fracasos matrimoniales, las familias ‘de hecho, y ya muy pronto las parejas homosexuales... ¿Se puede ofrecer a todos lo mismo?, ¿se puede hablar a todos de la misma manera?, ¿se puede pedir a todos lo mismo en este tema de la transmisión?

- *¿De qué fe hablamos?* Esta pluralidad de situaciones se repite respecto a la fe cristiana que ha dejado de configurar la vida de la sociedad en todos los niveles. Esto supone, como sabemos, que la mayor parte de los matrimonios en edad de transmitir la fe, son en la práctica paganos con algunas pinceladas cristianas aquí y allá. La mayor parte de ellos están claramente alejados y muchos son sumamente críticos con la Iglesia... En el mejor de los casos, están casi siempre superados (sin saber cómo afrontar la situación) por el agnosticismo cultural y el paganismo ambiental en los estilos de vida. ¿Qué esperamos oír cuando preguntamos en el bautismo si van a educar cristianamente a los hijos?, ¿acaso pueden?, ¿acaso quieren?, ¿qué entienden por ello?

- *¿Qué transmisión?* Es necesario reconocer que solo puede transmitir algo quien lo tiene y ya que el cristianismo es una ‘forma de vida’, solo allí donde se da como tal ‘forma de vida’ se puede transmitir. Necesitamos superar esa idea (confusa y escondida entre curas y catequistas) de que la Iglesia puede transmitir la fe al margen de los padres, sin ellos, o contra la vida que viven ellos. Sabemos por experiencia que esto no da resultado. Además hay que afirmar que no es suficiente con el ejemplo de los padres, pues las últimas generaciones que se han alejado poseían en muchas ocasiones este ejemplo. Por último, debemos rechazar de una vez el presupuesto escondido de que la fe es la consecuencia de los sacramentos, es decir, que celebrados dan la vida de fe de manera misteriosa al margen de la comunidad de fe, de los padres y de la decisión personal. La fe, al menos una fe básica y abierta a su desarrollo, es necesaria para la eficacia sacramental, cualquier otro planteamiento (ese “algo le dará”) es una degradación mágica.

Si hacemos un poco de historia podemos observar que alrededor de los años 60 se produce la fractura de la transmisión de la fe junto con la quiebra del orden cultural en que se vivía¹. Los padres empezaron a sentir que sus hijos ni eran como ellos ni querían serlo. Y la Iglesia intentó solucionar esto creando espacios catequéticos y culturales que compensaran este déficit que provocó esta crisis cultural y que se reflejó fundamentalmente en la familia. Si es necesario reconocer que la energía invertida por jóvenes y adultos, laicos, religiosos y presbíteros en esta pastoral ha sido ingente, no ha sido suficiente ya que probablemente la ola de secularización inevitablemente iba a arrancar a los creyentes de una inercia demasiado blanda de fe frente a la que se alzaban las posibilidades de un mundo nuevo y mucho más atractivo que aquel en el que vivían una fe demasiado anquilosada (aun en sus nuevas formas). Occidente pasó así una rebelde adolescencia religiosa que ha terminado siendo una madurez pagana, agnóstica y en algunos casos, cada vez menos abundantes, verdaderamente cristiana. Hay que decir que este proceso no ha sido ni será vivido en muchos creyentes por su edad o por refugiarse en guetos eclesiásticos lo cual termina habitualmente por hacerles insignificantes.

En este contexto donde la familia pareció dejar de tener un papel relevante en la transmisión de la vida y de la fe, volvemos a percibir su importancia. Ya no solo la familia, ya no solo la Iglesia, sino una transmisión a dos bandas, es lo que ahora parece que hemos comprendido que es lo adecuado. Hemos de afrontar pues la reconstrucción cristiana de estos dos espacios si queremos que sean verdaderamente iniciadores tal como es su misión. La dificultad es grande, aunque la vida que resulta del proceso es mayor aún.

¹ Afirma Martín Velasco citando a la socióloga Hervieu-Léger: “El derrumbamiento de la familia tradicional, toda ella orientada a la reproducción de la vida y la transmisión, de generación en generación, de un patrimonio biológico, material y simbólico, constituye probablemente el factor central en esta dislocación del imaginario de la continuidad, núcleo de la ‘crisis religiosa moderna’ y, en especial, de la ‘crisis de la transmisión de la fe’”, en *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Maliaño 2002, 49.

La transmisión de la fe a dos bandas

- La revelación cristiana afirma que el hombre ha sido creado para el encuentro con Dios que se realiza y se ofrece representativamente en Cristo. Esto significa en la práctica que la fe debe poseer una estructura antropológica básica, natural que la sustente y que, por tanto, no necesite de una institución externa al mismo hecho humano para darse. Una de estas estructuras, la fundamental, es la familia. En ella se viven y configuran las estructuras formales que servirán de cauce para el reconocimiento de Dios y su relación con él². Dios llega al hombre en un primer momento de manera escondida a través de las estructuras familiares que prefiguran simbólicamente las estructuras de relación con Dios. Así pues uno de los elementos importantes del desarrollo religioso del sujeto será el desarrollo adecuado de las relaciones familiares. Por tanto una pastoral que ayude a la transmisión de la fe en la familia deberá potenciar la salud de estas relaciones familiares básicas.

- Por otra parte, la fe cristiana es fruto de una revelación histórica que llega a nosotros por vía de una institución histórica no natural, que debe elegirse, esto es, la Iglesia³. La fe cristiana no se desarrolla en referencia a los vínculos de sangre, sino a los vínculos desarrollados por la libertad de elección, en un tú a tú frente a Dios. La familia es siempre limitada a la hora de transmitir la fe cristiana ya que, en primer lugar, el sujeto debe personalizar su fe sin que la historia creyente de su familia pueda sustituir este proceso; y, en segundo lugar, porque Cristo debe convertirse en un absoluto que relativice los mismos lazos familiares⁴, sin que esto signifique ponerlos en cuestión.

Esto significa que solo la asunción de la Iglesia ‘de los extraños’ llamados a reconocerse como hermanos, frente a la retención en la Iglesia ‘familiar’ demasiado estrecha, desarrollará verdaderamente la fe. Este proceso se inicia no tanto en la niñez cuanto en la adolescencia y es importante que los padres y los agentes de pastoral lo tengan en cuenta. No existe una evolución sin trauma hacia la vida cristiana⁵.

Así pues podríamos decir que la familia, incluso la que no posee convicciones explícitamente cristianas, es un primer lugar de transmisión de la fe en cuanto que ofrecería los requisitos básicos para que esta se desarrolle adecuadamente. Por ello la pastoral familiar debe desarrollar en el encuentro con los padres una ‘puesta en valor’ de los elementos que ya están dados a esta institución por Dios y que se viven la mayor parte de las veces de forma inconsciente.

Sin embargo, hemos de decir que la fe familiar, incluso cuando esta se vive con cierta calidad y genera un espacio cristiano en el hogar, siempre será deficitaria a la hora de transmitir la fe cristiana pues esta tiene como elemento central la vinculación a Cristo en la Iglesia más allá de todo otro vínculo, también el familiar. Sin inserción en una Iglesia ‘no familiar’, la fe transmitida queda frustrada como fe cristiana en sentido propio.

² Puede verse A. Vergote, *Psicología religiosa*, Madrid 1973, 346-364: «La religión de la niñez».

³ “Es ante todo la Iglesia Madre la que engendra, educa, edifica la familia cristiana, poniendo en práctica para con la misma la misión de salvación que ha recibido de su Señor”, *Familiaris consortio* 49.

⁴ “Si alguien acude a mí -dice Jesús- y no me ama más que a su padre y su madre, a su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26).

⁵ Por poner un ejemplo podríamos hablar de que determinadas enfermedades no se superan si no es pasándolas en algún sentido, como es constatable en la eficacia de las vacunas.

El papel de la familia

Pasamos ahora a explicitar el papel de la familia subrayado explícitamente por el magisterio eclesial⁶. En él la familia aparece como el cauce básico de socialización humana y religiosa en sus actitudes y valores fundamentales, así como la primera responsable de la educación de los niños. Dice *Gravissimum educationis* 3: “Es obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, de las que todas las sociedades necesitan. Sobre todo, en la familia cristiana, enriquecida con la gracia del sacramento y los deberes del matrimonio, es necesario que los hijos aprendan desde sus primeros años a conocer la fe recibida en el bautismo”.

Intentemos explicitar ahora cuáles son estas actitudes y valores, subrayemos que esta posición educativa no puede reducirse a la transmisión de ideas aisladas sobre la vida, sino que remite a una forma de existencia que muchas veces ni siquiera sabe explicitar las ideas en que se funda aunque estas se vivan.

La iniciación familiar a la vida

La familia inicia a la vida misma en todas sus dimensiones.

- En esta tarea hay dos rasgos básicos de la vida humana que son insertados en el ser humano por la misma estructura familiar. El primero es la filiación, es segundo la fraternidad.

La *paternidad/maternidad* a la que el niño se encuentra remitido como su espacio originario, protector y normativo le configura radicalmente y dependiendo de cómo se vivan estos tres elementos su identidad se desarrollará con más o menos salud psíquica y religiosa. El niño necesita sentirse inserto en un orden previo. Un orden que sea justo y que le permita desarrollarse en el interior de una realidad estable. En este sentido es de capital importancia la creación familiar de un orden vital básico, la manifestación de una aceptación incondicional de los niños, la promoción básica de sus aptitudes y de la exigencia de participar activamente en el universo familiar y social (escuela, parque...). El niño debe sentir que vive en un universo amable, justo, que le acoge y le ofrece un espacio para la expresión propia de su ser.

El segundo es la *fraternidad*. Frente a sus hermanos el niño comprenderá que el mundo es un universo compartido en el que hay que colaborar para el enriquecimiento mutuo, y no un universo referido a sí mismo como su centro absoluto.

- Además la familia por su misma posición será el lugar donde el sentido de las cosas, de la vida se vaya ofreciendo y asumiendo. Por más que los padres se sientan inseguros en su relación con el sentido de la realidad, algo bastante común hoy en día y que no les afecta solo a ellos, el hijo les obligará a explicitar sus convicciones íntimas o a preguntarse por ellas. Esta es la razón por la que el momento del nacimiento y primera educación de los niños es un buen momento para la oferta de un acompañamiento pastoral desde la parroquia. En este sentido será especialmente importante que los padres

⁶ Las afirmaciones básicas pueden encontrarse en el declaración conciliar *Gravissimum educationis* 3, en el *Catecismo de la Iglesia Católica* 2223, en la encíclica *Familiaris consortio* 36-39 y en el *Directorio general de catequesis* 225.

compartan y provoquen una mirada amplia, asombrada y agradecida sobre la realidad. Una mirada que sepa reconocer que el mundo y los otros son un misterio, una fuente continua de realidad y profundidad que se nos da. La familia deberá enseñar a participar esforzadamente en el mundo (que al principio será el mundo de las tareas del hogar) junto a aquellos de los que lo recibe y a valorar la justicia y el perdón en las relaciones que serán igualmente elementos a suscitar por los padres.

- Un elemento especialmente subrayado en la *Familiaris consortio* es la responsabilidad en la educación de la sexualidad de forma que se comprenda como expresión de la alteridad constituyente y enriquecedora de lo humano, así como lugar sacramental de expresión de un amor fecundo. Subraya cómo las normas morales deben ser apreciadas como instrumentos necesarios en este proceso para su humanización verdadera.

- Es muy importante comprender que se necesita tanto el esfuerzo como opciones concretas para descubrir y realizar la misión propia de los padres en esta tarea. El que sea una misión intrínseca a la familia no quiere decir que se realice sin la participación comprometida de los que la componen. Es igualmente importante tomar conciencia de que esto se realiza no solo con el testimonio y con palabras reflexivas sobre estos elementos, sino a través de hábitos impuestos que ayuden a configurar las mismas actitudes⁷.

Estos elementos pueden valorarse desde la mirada cristiana como elementos vinculados por Dios mismo a la estructura familiar y por eso mismo como elementos prefigurantes (en cierta medida cuasi sacramentales) de la salvación ofrecida y acogida en la vida cristiana.

El trabajo de la pastoral de iniciación de las parroquias será ayudar a las familias a explicitar estos elementos que habitualmente ya viven y a valorarlos, y además a apuntar desde ellos la referencia religiosa que poseen, a saber, cómo remiten a la realidad de Dios en cuanto creador, espacio de amor originario y fiel, y dador de una ley que busca que la vida del hombre se realice en armonía y justicia. Se trata pues, en un primer momento, de ofrecer una interpretación creyente de la vida que ofrezca un sentido global más que ofrecer contenidos o ritos religiosos que si no se integran aquí siempre aparecerán como extrañamente paralelos a la vida. Este apoyo tiene como objetivo que la familia encuentre a Dios en su misma realidad y convierta su presencia en una referencia concreta⁸, que fácilmente se torna orante.

⁷ “Solo se llega a las virtudes practicando los actos que se derivarán luego de la verdadera posesión de la virtud. Parece una paradoja, pero es, por el contrario una verdad elemental. Y una verdad asombrosamente dejada de lado [con la pérdida del valor del autoridad-obediencia en la educación]”, en: M. Huarte y M. García-Baró, «La autoridad en el...», 394.

⁸ Ofrecemos un pequeño testimonio en este sentido: “Nosotros somos cristianos; pero, aun prescindiendo de que lo éramos también antes de casarnos y tener a nuestros siete hijos nos cuesta trabajo entender que un padre y una madre no se entreguen al amor de Dios y a su providencia cuando nace su primer hijo. Es casi imposible que la llegada del primer hijo no abra los labios del corazón hacia Dios. Se sepa o no a quién se está hablando, nada es tan natural, tan inmediato, tan forzoso como pedir ayuda en esta situación”, en: M. Huarte y M. García-Baró, «La autoridad en el...», 393.

La iniciación familiar a la vida cristiana

Muchos autores han empezado a hablar de *despertar* de la fe y *orientación* cristiana la fe en vez de hablar de transmisión. Esta es la verdadera misión de las familias creyentes ya que, como decíamos, la transmisión global de la fe supera sus posibilidades, aunque ellos son una pieza fundamental de esta. Su labor pues es insuficiente en el proceso de transmisión, pero ciertamente fundamental ya que “la disponibilidad religiosa del niño no adquiere forma sino a condición de ser precozmente educada”⁹.

- El primer elemento que es necesario tener en consideración es la referencia a Dios. Lo que en el apartado anterior era una realidad implícita, en las familias creyentes debe explicitarse con naturalidad refiriendo los acontecimientos de la vida a Dios a través, sobre todo, de la oración. Esto debería estar en parte ritualizado (enseñar a referir la vida a Dios al acostarse, al empezar las actividades del día a través de la acción de gracias y la súplica, al empezar a comer...), y en parte realizarse de manera espontánea al ritmo de las preguntas de los niños y de situaciones especiales que surgen en la vida (fiestas, aniversarios, enfermedades, desastres naturales...). Podría añadirse que no deja de ser importante la costumbre de leer la Biblia con el niño o de invitarles o unirles a la práctica de la lectura del evangelio del domingo junto con los padres¹⁰.

Para ello es conveniente que existan en el hogar referencias concretas a la presencia de Dios que acompañen los espacios familiares tales como crucifijos, imágenes de María... y que sirvan de vez en cuando para recordar la compañía de Dios. Lo mismo podríamos decir de una pequeña medalla sencilla.

- La transmisión de la idea cristiana de fraternidad se realiza (más allá de lo ya expuesto) por una parte a través de la generosidad que debe existir en la familia en relación a los necesitados, así como en determinados momentos en torno a los desastres naturales o situaciones de emergencia por guerras... Los niños deben percibir en casa que existe un interés natural por los pobres, hermanos predilectos de Cristo. De igual manera los niños deberán ir aprendiendo a cuidar la tierra como casa común dada por Dios empezando por la valoración y el cuidado de sus propias cosas.

Por otra parte y de manera especial, los niños deberán ser introducidos en la vida parroquial verdadero ámbito de vivencia y crecimiento en la fraternidad cristiana. La Iglesia deberá ser percibida por los niños de las familias cristianas como su segundo hogar por vivencia práctica: el bautismo inicial, la misa desde el principio, la catequesis en su momento... y alguna que otra actividad que se puedan organizar por parte de la parroquia.

- En referencia a la misa, espacio nuclear de la filiación y fraternidad cristiana en torno a Cristo) los padres no deben estar sólo pendientes de que estén callados para que no molesten. Es especialmente importante que además de enseñarles a vivir el silencio (que siempre conlleva una cierta ascesis) les vayan explicando lo que sucede en la eucaristía, vayan rezando con ellos las oraciones y comenten el evangelio o la reflexión del sacerdote... La eucaristía, ya deberíamos haber tomado conciencia de ello, no se entiende y valora simplemente por participar en ella. Necesita una mistagogía cuyos primeros agentes deberían ser los padres que introducen a los niños en este ámbito

⁹A. Vergote, *Psicología...*, 346.

¹⁰ Puede verse como lo explicita una madre de familia en M. P. Ayerra, «La familia lugar de...», 407-408

sacramental. ¿Quién nos hará comprender, cuando todavía no lo queremos ver, que las misas de niños con todos apelonados adelante bajo férrea vigilancia de los catequistas a la larga no funcionan cuando dependen solo de la capacidad de ‘entretenimiento religioso’ del cura con la mayor parte de los padres ausentes en la práctica de la vida eclesial y de la misma eucaristía?

Podríamos decir, resumiendo, que los padres creyentes deben transmitir a sus hijos la gratitud a Dios creador por la vida y todo lo que en ella se nos da, la percepción de que es un compañero preocupado, fiel y que nos ama sin reservas, y que tiene un plan para el mundo para el que nos da una ley y solicita nuestra ayuda pidiéndonos que vivamos justamente unos con otros. Además deben generar una primera vinculación con la parroquia como lugar donde Dios nos reúne en torno a Jesús que nos va enseñando con la palabra de su vida cómo es Dios, cuál es su proyecto para todos, y donde nos va dando fuerza con su presencia.

Volvemos a subrayar que todo esto se realiza con prácticas concretas, con gestos rutinarios que van creando hábitos, sin los cuales la vida se derrama en inercias sin dirección consciente, en acciones que no crean identidades personales adultas. Ni que decir tiene que los padres creyentes deberán buscar las ayudas necesarias ya que incluso las familias creyentes, impregnadas por la cultura actual, han perdido muchos de los elementos que podrían ayudarles en esta tarea (contenidos de fe, gestos devocionales del hogar, naturalidad en el lenguaje referente a Dios,...)¹¹. Aquí la pastoral familiar tiene una especial tarea pues podría decirse que encuentra su campo específico. Ayudar a devolver la naturalidad de la presencia de Dios, explicitar los problemas con los contenidos de fe y costumbres para poder entender lo que en concreto dice la Iglesia y su grado de vinculación y ofrecer espacios litúrgicos de calidad orante¹².

- Es importante ampliar el tema del despertar de la fe al del acompañamiento de la fe de los hijos en su proceso de maduración. Aquí suelen venir los problemas, ya que aparece en primer lugar, y como en todas las actividades costosas, la tendencia de los niños o adolescentes a lo más sencillo, menos costoso... Esto no tiene nada que ver con la fe y se debe afrontar como se afrontan las demás actividades que requieren un compromiso personal que requiere esfuerzo pero que la familia considera importante. Otra cosa son las dudas, las críticas... que aparecen en la adolescencia y que deben ser aceptadas y acompañadas para que, se termine donde se termine en relación a la fe (sea asumida o rechazada) este sea fruto de una seria reflexión y opción (en la medida que esto se da en los adolescentes). De este acompañamiento testimonial, razonado y respetuoso dependerá que la Iglesia siga apareciendo como algo valorable y como una

¹¹ Citando a R. Mette, dice H. Derroitte en «La exigencia de repensar...», 102: “En la educación religiosa quienes tienen problemas no son tanto los niños -que, por el contrario, son receptivos a este respecto- sino los adultos”. Así pues -dice en otra reflexión- “la primera preocupación de los padres debería ser no la fe de sus hijos, sino la suya: crecer ellos mismos en la fe. Lo primero es vivir uno mismo la fe delante de sus hijos, sin ostentación ni timidez, por ejemplo la oración”, en: «¿Qué futuro tiene...», 174.

¹² “La tarea de despertar la vida de fe de los niños reclama inevitable y correlativamente un trabajo con los adultos para que este pueda reflexionar y fortalecer sus posiciones y sus actitudes”, en: H. Derroitte, «La exigencia de repensar...», 102.

invitación permanente¹³.

La iglesia doméstica

Esta expresión se viene utilizando desde hace un tiempo aplicada a la vida familiar cristiana no sin una cierta ambigüedad, ya que se aplica a la familia en su forma actual un concepto neotestamentario referido a las casas donde se agrupaban los cristianos en torno al patronazgo de una familia cristiana, lo cual es algo distinto.

Subrayemos que la expresión tiene su sentido al readaptar su significado. En la actualidad se incidirá en que “la familia cristiana se hace símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia [...] La misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo” (*Familiaris consortio*, 49)¹⁴. Así lo hemos intentado mostrar en los apartados anteriores.

Nos gustaría proponer, sin embargo, un sentido más amplio en relación a los orígenes de la expresión que ya ha sido experimentado en algunos lugares y que puede ser significativo en la actual situación de la fe. La casa del amigo es siempre más cercana y suscita menos recelos que los salones parroquiales. Esto significa que las casas de las familias cristianas, al menos algunas de ellas, tal y como sucedió en los primeros siglos, podrían convertirse en espacios de un primer anuncio de la fe a través de pequeños encuentros donde la reflexión, la oración y la convivencia en torno a una sencilla merienda cena, pueda hacer de ámbito intermedio entre los de fuera y los de dentro de la Iglesia. Así las familias cristianas, los hogares cristianos podrían ensanchar su tarea de despertar la fe más allá de los hijos.

Opciones y actividades para la pastoral de acompañamiento a los padres en la tarea del despertar a la fe de sus hijos.

Las opciones así como las actividades fundamentales de la pastoral del despertar religioso de los niños deberán tener como referencia primera a los padres que participan en la vida eclesial así como a aquellos que se acercan para solicitar los sacramentos de la iniciación. La parroquia no debe convertirse en un lugar que sustituye la educación religiosa que deben ofrecer los padres, sino un espacio de colaboración con ellos ejerciendo también así, aunque indirectamente, su función en la iniciación cristiana. Esto

¹³ “En nuestro nuevo entorno, la maduración ya no se produce sin lucha [...] Algunos jóvenes se extraviarán y permanecerán en prolongada confusión sobre la iglesia y la fe. Para otros el período de incertidumbre o inseguridad puede ser corto. En cualquier caso, puede ser una crisis purificadora en el camino hacia la madurez de la fe y sus compromisos. Ciertamente el papel de los padres puede resultar decisivo en esta época; y una reacción sosegada y bondadosa ante las dificultades puede ser fundamental”, en: M. P. Gallagher, *Ayuda mi poca fe*, Santander 1993, 141. Habría que añadir, frente a la auto-represión actual de la palabra de fe en los creyentes como signo de respeto, que “sosegada y bondadosa” no quiere decir “ausente y silenciosa” en el tema.

¹⁴ Puede verse una exposición teórico-práctica de este tema en Richard R. Gaillardetz, *Una promesa atrevida. Espiritualidad del matrimonio cristiano*, Madrid 2014, 126-153: «Matrimonio e Iglesia doméstica». Todo el libro es altamente recomendable ser utilizado en un grupo de matrimonios jóvenes o para regalarlo cuando alguien se casa...

requiere ayudar a los padres a tomar conciencia de que deben hacer crecer su fe y ofrecerles medios sencillos para ello. En medio de un ambiente pagano como el actual ¿no necesitamos comprender que a la Iglesia, hoy por hoy, ya no se le pide tanto bautizar como ofrecer la fe?

Ni el sacramento del bautismo, ni la iniciación a la primera comunión funcionan ya sin los padres. Podemos verlo o no, pero debemos preguntarnos si podemos seguir sin *pedirles* lo que es necesario y conveniente que pongan de su parte, *ofreciéndoles claro está la ayuda adecuada*.

Por nuestra parte, creemos que existen tres ámbitos que deberemos cuidar, potenciar o crear para acompañar esta su tarea, ejerciendo nosotros la nuestra:

- En el *ámbito del anuncio y la formación* de la fe hemos de ofrecer espacios claros de acompañamiento a las familias para que fortalezcan la vida familiar y la fe creída, diferenciándola de las supersticiones y las ideas sobre cómo vivir que existen en el mundo y que, también a nosotros, nos parasitan. Prestar pequeños libros o regalarlos en el bautismo, ofrecer escuelas de padres, grupos de reflexión o de vida, ... Estas propuestas voluntarias no deben sustituir algunas obligatorias de formación cristiana en torno a los sacramentos de iniciación (también en con el de la confirmación, ya que este en nuestra diócesis se administra mayoritariamente a niños o preadolescentes).

Creemos que sería conveniente que las catequesis de bautismo y sobre todo las de primera comunión estuvieran estructuradas por una especie de *'trato' parroquia-padres*: la parroquia se compromete... si los padres se comprometen a...¹⁵. No es suficiente que los padres *lleven* a sus hijos a catequesis y los *dejen* en misa. Esto dará mucho más trabajo (a ellos y a nosotros, los curas) pero seguramente será más eficaz.

- El segundo es el *ámbito litúrgico*. Es necesario que nos hagamos conscientes de que nuestra liturgia no suele ser un espacio especialmente mistagógico para el pueblo de Dios¹⁶. Y esto no solo por el rito que necesita su propio *tempus*, lenguaje y gestualidad... sino por la falta de comprensión de lo que él mismo es como encuentro con el Señor, un encuentro demasiadas veces interrumpido por la vulgaridad de las formas, por una gestualidad litúrgicamente excesiva o por un exceso de palabras agobiante. Hay que enseñar a vivir la oración liturgia como oración propia (comunitaria, pero con capacidad de personalizarse interiormente) y esto solo se puede hacer si los sacerdotes aprendemos a celebrarla como 'oración de y para todos' donde el Señor nos reúne. Si bien se pueden incorporar gestos cuando hay niños es necesario ser conscientes de que la eucaristía es fundamentalmente, como la fe cristiana, un acontecimiento de adultos. ¿Sabremos celebrar para los padres que mayoritariamente no se sienten cómodos en la liturgia que recuerdan y en la que ya no participan? Seguramente solo si sabemos celebrar de forma que se sientan acogidos todos los que allí están. ¿Sabremos enseñarles a integrarse sin eternas moniciones que entierran la misma oración?, ¿sabremos decirles que allí está el Dios del cielo sin crear un ambiente más esotérico que divino?

- El tercero es el *ámbito comunitario*. Si queremos que los niños se integren en una fe eclesial, tal cual es la fe cristiana, la parroquia debe convertirse en un hogar no

¹⁵ Para una reflexión sobre el tema puede verse el libro de Bill Huebsch, *La catequesis de...*, 85-94

¹⁶ Puede verse una reflexión en este sentido el artículo del especialista en liturgia José Manuel Bernal «Me duele la liturgia, pero más los liturgos» (publicado en *Religión digital*, 2 de agosto de 2015).

solo para ellos (niños y adolescentes), sino también para los padres. Es necesario que el espacio comunitario por excelencia de la vida cristiana que es la eucaristía se ensanche en los saludos de acogida, los diálogos al salir... y, de cuando en cuando, con algún acontecimiento especial, fundamentalmente de encuentro y celebración.

Además la parroquia debe crear ámbitos de vida compartida: encuentros lúdicos propios en torno a las fiestas parroquiales... pequeños momentos de oración por alguna situación, convivencias de padres en torno a algún tema, campamentos... Encuentros en los que, a poder ser, pueda participar toda la familia (aunque sea diversificadamente). Es cierto que algunas cosas de estas ya se hicieron y han ido apagándose por falta de respuesta, pero hoy por hoy son necesarias y la situación de contraste entre la vida cristiana y la oferta de nuestro mundo puede ayudar a que sean nuevamente apreciadas.

- Por último, es necesario que el cura (o los agentes de pastoral familiar si los hubiere) no aparezca solo en los momentos que él organiza y centrándolo todo en el esquema que él tiene pensado... Es necesario más que nunca acoger, escuchar y partir de las situaciones para ofrecer itinerarios que no siempre tienen una forma lineal. No con todos se podrá tener conversaciones personales de una cierta calidad y no siempre será acogida nuestra oferta, lo cual no significa que podamos justificarnos con las dos catequesis de bautismo y las tres reuniones de primera comunión, la mayor parte de las veces con la conciencia de que son inútiles.

Finalmente hemos de decir que la fe no se transmite. Los cristianos la anunciamos y la ofrecemos de parte de Dios, pero es él el que la suscita en un diálogo con cada ser humano. Esto significa que la fe puede surgir o no más allá de nuestros esfuerzos y testimonios. Quede dicho para saber cuál es nuestra responsabilidad y cuál no en la fe o increencia de las nuevas generaciones. Son ellas las que deberán responder personalmente a la llamada de Dios ante una Iglesia y una familia que siempre serán limitadas (torpes y pecadoras) a la hora de cumplir su misión, pero que siempre estarán sostenidas por una gracia eficaz que las haga signo de Dios para los que busquen abrirse a la fe con confianza.

Bibliografía práctica

Para trabajar con matrimonios:

- Mari Patxi Ayerra, «La familia, lugar de transmisión de la fe», *Sal Terrae* 91 (2003) 401-411.
- Mercedes Huarte y Miguel García-Baró, «La autoridad en el interior de la familia», *Sal Terrae* 91 (2003) 389-399.
- Norbert Mette, «Vivir con los niños y aprender de ellos a crecer», *Concilium* 264 (1996) 139-154.
- Richard R. Gaillardetz, *Una promesa atrevida. Espiritualidad del matrimonio cristiano*, Madrid 2014.

Para reflexionar sobre la cuestión:

- Xosé Manuel Domínguez, *La familia y sus retos*, Madrid 2002, 67-86: «El proceso de personalización en la familia».
- Henri Derroite, «¿Qué futuro tiene la catequesis de la familia?», en: H. Derroite (dir.), *15 nuevos caminos para la catequesis hoy*, Santander 2008, 162-179; y «La exigencia de repensar la catequesis familiar», en: *Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético*, Maliaño 2004, 95-106.
- Bill Huebsch, *La catequesis de toda la comunidad*, Santander 2005, 81-98: «Las familias en el centro de la catequesis».